

Carlos de la Torre y Mireya Salgado, editores

Galo Plaza y su época



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito - Ecuador
Telf.: (593-2-) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Fundación Galo Plaza Lasso
Carlos Montúfar 356 y Quiteño Libre
Quito - Ecuador
Telf.: (593-2-) 225 0780 / 243 4006
fgpl@uio.sarner.net
www.bordadoszulera.com

ISBN: 978-9978-67-154-2
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: RisperGraf C.A.
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: abril, 2008

Índice

Presentación	7
Agradecimientos	9
Introducción	11
<i>Carlos de la Torre y Mireya Salgado</i>	
Populismo y liberalismo: ¿dos formas de entender y vivir la democracia?	29
<i>Carlos de la Torre</i>	
La normalidad excepcional. Una panorámica de la política económica del Gobierno Plaza Lasso (1948-1952)	61
<i>Patricio López B.</i>	
Galo Plaza Lasso: la posibilidad de leer el paradigma desarrollista desde una apropiación reflexiva	117
<i>Mireya Salgado</i>	
Rosa Lema y la Misión cultural ecuatoriana indígena a Estados Unidos: turismo, artesanías y desarrollo	157
<i>Mercedes Prieto</i>	

Populismo y liberalismo: ¿dos formas de entender y vivir la democracia?

Carlos de la Torre*

El martes 7 de junio de 1960, dos días después de perder las elecciones presidenciales ante José María Velasco Ibarra que alcanzó casi el 49 por ciento de los votos, Galo Plaza hizo las siguientes declaraciones a la prensa:

“El resultado de las elecciones del domingo demostró que muchos nos equivocamos al sobreestimar la cultura política y cívica de la mayoría del pueblo ecuatoriano. Mientras nosotros decíamos la verdad con claridad y sentido de realidad sobre cómo el pueblo ecuatoriano podía lograr por sus propios esfuerzos el mejoramiento de sus condiciones de vida, gracias a la acción planificada de un gobierno honesto, sin compromisos, en manos de los mejores y más capaces, la otra candidatura ofreció la solución milagrosa y al interrogante de cómo se podían resolver los graves problemas nacionales, se contestaba: “Dios proveerá”. Las grandes masas populares, víctimas de la pobreza y de la falta de oportunidades de trabajo, que con derecho anhelan con urgencia una vida mejor, encontraron más convincente las soluciones milagrosas y repentinas. Este es el verdadero sentido del voto de un importante sector del ingenuo pueblo ecuatoriano”

(*El Comercio*, Quito, miércoles 8 de junio de 1960, p. 1).

En una carta a Eduardo Carrión Toral del 25 de junio, Plaza explicó su derrota,

* Coordinador de estudios políticos de FLACSO-Ecuador.

“Lo sucedido el 5 de junio fue un plebiscito popular del pueblo ecuatoriano en busca de la más urgente solución de su situación económica, que va volviéndose cada vez más intolerable, no sólo por la crisis nacional, sino también como expresión ecuatoriana del fenómeno presente en toda la América de como los sectores más bajos de la escala económica-social, que han vivido resignados por siglos a sus miserables condiciones de vida han despertado a nuevos anhelos... El pueblo sabe lo que quiere... el problema está en que por ignorancia no reconoce cual es el camino que lleva hacia la solución milagrosa. Velasco, como lo hacen los demagogos, ofreció aquella solución ultraterrena y repentina y luego se dedicará, demagógicamente también a querer burlar al pueblo para justificar el incumplimiento de lo ofrecido” (Galo Plaza a Eduardo Carrión Toral. Quito, 25 de junio de 1960, Archivo de la Fundación Galo Plaza Lasso).

El análisis de Plaza sobre su derrota contrasta dos estilos de hacer política: el serio, responsable y racional basado en los argumentos lógicos que buscan convencer al intelecto de los electores y el estilo demagógico basado en la irresponsabilidad y en la charlatanería. Además, señala que la gente pobre ya no está dispuesta a aceptar las desigualdades sociales como parte del orden divino y que con justa razón anhelan un cambio. El problema para Plaza es que debido a su pobreza y falta de cultura política democrática, la mayor parte de electores ecuatorianos que son ingenuos apostaron por soluciones milagrosas y repentinas y que tanto él como sus colaboradores se equivocaron al pensar que el pueblo ecuatoriano tenía una cultura política sofisticada que le permitiese votar por razones y no en base a los sentimientos y a las pasiones.

Galo Plaza elabora, sin usar el término, la visión dominante sobre el populismo. Según esta interpretación, el populismo aparece cuando los procesos de cambio social rápidos hacen que los sectores populares anteriormente acostumbrados a aceptar el orden jerárquico como inevitable, lo cuestionen y busquen el cambio. Esta justa aspiración a mejores estándares de vida y de participación política, desafortunadamente, no se expresa a través de canales institucionales o de propuestas políticas racionales. Los pobres más bien son seducidos por demagogos que se aprovechan de su falta de cultura política cívica para engañarlos con soluciones simples y fáciles que a la larga les lleva a la desilusión y a que retiren su

apoyo al demagogo por lo que los populismos generalmente terminan en golpes de estado.

Este capítulo analiza los dos estilos políticos enunciados por Plaza, el liberal-democrático y el estilo litúrgico-populista. Estos estilos articulan diferentes formas de entender la democracia, la participación política y la representación política. La visión de que lo democrático debe basarse en el respeto a los derechos de los ciudadanos, en el respeto a la normativa y a los procedimientos fue articulada y practicada por Galo Plaza y algunos socialistas y liberales que conformaron el Movimiento Cívico Democrático Nacional para las elecciones de 1948 y el Frente Democrático Nacional para las elecciones de 1960. Apoyándose en estudios técnicos, Plaza también buscó la modernización del Ecuador, realizar reformas educativas y mejorar las condiciones de vida de los más pobres, en particular de los campesinos indígenas. Éstas fueron interpretadas por Plaza como “experimentos en la educación por la democracia” (Plaza, 1955a).

Velasco Ibarra, sus caciques, los velasquistas de a pie al igual que los líderes y seguidores de Concentración de Fuerzas Populares (CFP) presentaron una visión diferente de la democracia. Para ellos, la democracia se basó en la ocupación de espacios públicos en nombre de un líder que articula un discurso maniqueo en que la política se vuelve una lucha moral y ética entre el pueblo y la oligarquía (de la Torre, 2000). La voluntad popular encarnada en la figura del líder se expresa y conforma en rituales y en mítines políticos. De acuerdo a esta versión de qué es lo democrático lo importante no es respetar los procedimientos constitucionales ni la normativa, si estos aparecen como impedimentos para que el líder alcance la redención de los humildes.

Este capítulo también estudia la hipótesis de Plaza de que los pobres debido a su pobreza, ingenuidad y a su falta de cultura política democrática votaron por redentores demagógicos. Para analizar estas dos formas de entender la democracia y las razones que llevaron a los pobres a apoyar diferentes proyectos políticos, se analizan dos coyunturas de la historia del Ecuador entre 1948 y 1960. En la primera sección se estudian las elecciones presidenciales de 1948 y la presidencia de Plaza, sobre todo su conflicto con el CFP. La segunda analiza las elecciones presidenciales de 1960, en las que Plaza fue derrotado por Velasco Ibarra.

*¿Un experimento en la democracia?:
el gobierno de Galo Plaza 1948-1952*

Las elecciones de 1948 se dieron en un contexto de gran inestabilidad política. Entre 1925 y 1948 se sucedieron “27 gobiernos en el lapso de 23 años, esto es un gobierno por cada 10 meses. Del total, sólo tres provienen de elecciones populares directas, por cierto fraudulentas; doce son formados por personas a las que se encarga el poder —ministros de gobierno, presidentes del senado o diputados y simples ciudadanos—, ocho son dictaduras y cuatro elegidos por asambleas constituyentes” (Hurtado, 1988: 142).

Desde 1944, el Partido Conservador Ecuatoriano ganaba fuerza y se recuperaba de sus derrotas luego de la Revolución Liberal de finales del siglo XIX. En mayo de 1944 y como reacción al fraude electoral practicado por los liberales y a la derrota en la guerra con el Perú que significó la pérdida de la mitad del territorio nacional, fue derrocado el presidente liberal Carlos Arroyo del Río en una revuelta popular en la que participaron organizaciones de la sociedad civil, militares jóvenes y todas las fuerzas políticas, con excepción del Partido Liberal Radical (de la Torre, 1993). Los liberales no habían podido recuperarse de la debacle de 1944, mientras que los conservadores no sólo lograron que la Constitución de 1946 sea promulgada en el nombre de Dios, sino que la misma trabaje a su favor. En palabras de la periodista Lilo Linke, esta carta “otorgó el voto a las mujeres, muy influenciadas por la Iglesia Católica y el clero, a la vez que prohibió el voto a las fuerzas armadas que tenían ideales liberales. Largas filas de curas y monjas han caracterizado a las elecciones recientes” (1960: 40).

Desde las elecciones municipales de noviembre de 1945, los conservadores empezaron a recuperar su poder pues ganaron en muchas partes de la Sierra y en Quito, su líder Jacinto Jijón y Caamaño, fue electo alcalde. Los conservadores siguieron consolidando su poder en las elecciones parlamentarias de junio de 1947, en las municipales de noviembre del mismo año y en las elecciones de 1948, cuando su candidato Manuel Sotomayor y Luna ganó la elección vicepresidencial y obtuvieron el 34 por ciento de representantes en el Congreso (Blanksten, 1951: 61-64).

Con el “objetivo específico de prevenir que el Partido Conservador retorne al poder luego de la caída de los liberales radicales” se formó el Movimiento Cívico Democrático Nacional el 16 de mayo de 1947 (Blanksten, 1951: 70). El MCDN había presentado candidatos en las elecciones al congreso de junio de 1947 y en las elecciones municipales de 1947 con resultados poco halagadores. Las elecciones presidenciales y vicepresidenciales de junio de 1948 fueron vistas por los líderes del MCDN como “un reto crucial” (Blanksten, 1951: 71). “Todos los anticonservadores fueron incitados a que se adhirieran al MCDN... Disidentes liberales, muchos socialistas y aún algunos conservadores liberales se les aliaron” (Blanksten, 1951).

El 6 de Octubre de 1947, Galo Plaza auspiciado por el MCDN anunció su candidatura a la presidencia y el 15 de abril de 1948, la del médico Abel Gilbert a la vicepresidencia. El 3 de enero de 1948, los conservadores nominaron a Manuel Eliseo Flor y a Manuel Sotomayor y Luna. Los liberales radicales y los socialistas se unieron y nominaron al general Alberto Enríquez Gallo y al socialista Carlos Cueva Tamariz.

George Blanksten (1951: 79-80) que estuvo en Ecuador durante la campaña de 1948 observó,

“La pobreza del país se expresó en la campaña. La falta de recursos partidistas no permitió que se imprimieran hojas volantes y afiches a gran escala; y la propaganda de la campaña que se dio, apareció como pintadas en las paredes y en los edificios. Plaza, el único candidato con recursos financieros substanciales, introdujo algunas modalidades de las campañas electorales de los Estados Unidos, como son los discursos radiales y los recorridos a nivel nacional. Sus consejeros, en todo caso, consideraron prudente que mantenga estas actividades al mínimo debido a la incapacidad económica de los otros candidatos para imitarlo. Es así que Plaza y Gilbert hicieron una campaña vigorosa, Flor y Sotomayor y Luna un pocos menos y, Enríquez Gallo y Cueva Tamariz casi ninguna hasta dos semanas antes de las elecciones”.

En estas elecciones se emitieron alrededor de 282.000 votos válidos, lo que significó una participación del 9.1 por ciento de la población (Martz, 1972) Como lo señaló Blanksten, la política estaba restringida a los blancos y se excluyó a los indígenas, afrodescendientes, así como a los mesti-

zos pobres. Los resultados de las elecciones a nivel regional se resumen en el cuadro 1 que ilustran como la Sierra seguía siendo un bastión conservador y la Costa un bastión si bien no liberal al menos anti-conservador.

Cuadro 1			
Voto presidencial de 1948 por región			
	Plaza	Flor	Enríquez Gallo
Sierra	38.0	49.3	12.7
Costa	46.6	20.9	32.5
Nacional	41.0	39.9	19.1
Tomado de Martz, 1972: 129			

En varias publicaciones académicas, Galo Plaza (1955; 1955a) calificó su gestión como un experimento en la democracia. Esta referencia a la ciencia y tecnología se explica por la fe de Plaza en que se podía y se debía gobernar basándose en estudios técnicos y en estadísticas que permitiesen asentar las políticas estatales en datos reales y no en las especulaciones de los gobernantes. Esta diferenciación entre la especulación filosófica y la racionalidad científico-tecnológica también se basó en su intención de marcar diferencias con Velasco Ibarra. Por ejemplo, en su discurso al poseionarse como presidente el 31 de agosto de 1948, Plaza se diferenció del “providencialismo” de Velasco y sostuvo que “debe terminar la absurda dispersión de fondos en innumerables proyectos viales, siempre inaugurados y jamás concluidos” (Plaza, 1949: 28; 44).

Esta visión, además, se enmarcaba en las discusiones de la posguerra sobre la necesidad de lograr el crecimiento económico y el progreso entendido como una mejora en las condiciones de vida de la población y sobre la base de los estudios científicos de las misiones técnicas. Será precisamente una innovación de su gobierno, el sustentar la acción estatal en estudios técnicos (Coronel y Salgado, 2006). Por primera vez se contrató y pidió el apoyo de misiones y de técnicos extranjeros y nacionales que

redactaron alrededor de cien estudios, entre los que destacaron los auspiciados por la CEPAL, la FAO, la OIT, el Banco Mundial y la ONU (“Lista de estudios realizados durante el gobierno de Plaza”) (AFGPL).

La noción de experimento por la democracia también buscaba contrarrestar las ideas de la época que sostenían que las naciones latinoamericanas debido a su cultura y tradiciones no estaban preparadas para la democracia. Plaza sustentó que su gobierno fue una prueba clara de cómo se pudo gobernar democráticamente en un país de gran inestabilidad como el Ecuador, que entre 1924 y 1947 tuvo “veinte y siete jefes de estado, cuatro presidentes en un mes, seis constituciones e innumerables de las llamadas revoluciones” (1955: 27). Dentro del contexto de la posguerra y de la Guerra Fría, la democracia para Plaza fue además un experimento que a través de la “prosperidad, la justicia social y la libertad” frenarían al comunismo visto como la “más grande amenaza a nuestra forma de vida” (Plaza, 1955: 11; 14).

La democracia para Plaza se sustenta en la “libertad, el respeto a la voluntad del pueblo, en la estricta obediencia a las leyes” (1955: 31). Estas ideas fueron expuestas en su plataforma electoral cuando explicó su ideario político en los siguientes términos: “profundo respeto a la dignidad humana...de los derechos humanos y de las garantías fundamentales, libertad de vivir sin hambre y sin temor, libertad de pensar, de expresarse, de creer, lo que necesariamente implica el mantenimiento y el perfeccionamiento de las garantías políticas esenciales: libertad de reunión, de asociación y especialmente... libertad de sufragio” (Plaza, 1947).

Este mensaje liberal y de tolerancia se dio en un contexto de intolerancia religiosa decimonónica. Por ejemplo, durante la campaña electoral de 1948 circularon hojas volantes en las que se sustentaba que “si un católico votare por candidatos liberales será responsable, no solamente de una traición a sus principios católicos, sino también de una traición a la República” (Hoja volante 170, Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit-BAEP-). La periodista Lilo Linke (1960: 108) que vivió en el país desde mediados de los años cuarenta, señala que el Arzobispo de Quito Carlos María de la Torre, en una carta pastoral de septiembre de 1951 recordó a los fieles que estaba prohibido mandar a sus hijos a colegios no católicos como los evangélicos o mixtos. Otro buen ejemplo de la intoleran-

cia en contra de los evangélicos, a los cuales se les atacaba con piedras y palos, es la hoja volante "Contra Dios y la Patria" en la que se liga al protestantismo con la masonería imperialista y el dólar en los siguientes términos: "la Evangelical Mission Covenant Church of America y todas las sectas protestantes de Norteamérica, aliadas, avanzadas de la masonería imperialista, al servicio de los adoradores del dios dólar." (Hojas Volantes, BAEP).

Para Plaza, el concluir su periodo y traspasar democráticamente el poder a su rival Velasco Ibarra fue "en el plano de la libertad, el experimento más trascendental de nuestra historia... Hemos comprobado que la mayoría del pueblo sabe hacer buen uso de las libertades" (Plaza, 1952). Señaló que si bien fue objeto de ataques viles y bajos por parte de sus detractores políticos, a diferencia de otros mandatarios fue tolerante. Esta fue la base para que la mayor parte de la prensa juegue durante su gobierno con un "gran sentido de responsabilidad" (1955: 37). Las libertades se dieron dentro de la construcción y el apego a las instituciones. Señaló que nunca recurrió a las facultades extraordinarias para solventar las crisis, tales como el terremoto de 1949 en el que murieron más de 6.000 personas y 100.000 quedaron sin hogar. De manera similar, señaló que no utilizó mecanismos de fuerza para sortear las conspiraciones del CFP, que en julio de 1950 protagonizaron una fallida insurrección. Este apego a la legalidad permitió la estabilidad política, vista por Plaza como una de las condiciones más importantes para el progreso (1955: 8). Es por esto que Lilo Linke (1960: 32) anotó que "la principal distinción del gobierno de Galo Plaza fue su naturaleza democrática."

Durante su campaña electoral y en su discurso de posesión, Galo Plaza se presentó no como un político sino como un independiente y sobre todo como "un modesto hombre del campo" (1949: 28). Pero a diferencia de Velasco Ibarra (1937) que se sintió el representante del pueblo, más allá de los partidos políticos, Plaza señaló la importancia de éstos en una democracia y su interés en fortalecerlos. Estaba convencido de la necesidad de crear un nuevo estilo político basado en el respeto a las libertades, en una aproximación pragmática y técnica de gobierno que permitiesen la estabilidad y el progreso y en un estilo de liderazgo sustentado en la cercanía del presidente con la gente común. Por ello, asistía al fútbol, a los

tores y conducía su *station wagon*, todos los fines de semana, con dirección a su hacienda Zuleta (1955: 35).

Lo que no deja de asombrar es que un terrateniente, que por el lado materno estaba ligado a las familias aristocráticas de la Sierra, se autodefiniese tanto en el contexto internacional como en el nacional como un *farmer* o como un modesto agricultor. Tal vez lo hacía para recalcar su condición de no político y para enfatizar, sobre todo ante audiencias norteamericanas, su calidad de hombre común y de clase media que se comportaba como tal y no como un presidente aristocrático.

La democracia para Plaza, además, se sustentaba en una serie de experimentos sociales. Vio en la educación la clave para crear las precondiciones del vivir democrático. Para forjar una elite tolerante fundó el Colegio Americano como un espacio donde se enseñarían los valores de la tolerancia y de la democracia a los niños de las elites y de las clases medias. También presentó a su hacienda Zuleta como un ejemplo en el cual los campesinos indígenas a través de la educación, mejores salarios y programas de salud se transformarían en ciudadanos. "Si es que el indígena se transformará en un ser humano libre, un ciudadano completo de este país y si su país se transformará en una verdadera democracia incorporándolos a las actividades políticas y cívicas, el único camino efectivo de acción es dar al indio una educación con líneas prácticas y sensibles" (Plaza, 1955a: 69).

Si funcionaron o no sus experimentos para la educación democrática son preguntas abiertas. ¿En qué medida las elites educadas en el Colegio Americano fueron más tolerantes y democráticas que aquellas educadas en otros colegios? ¿Se podían repetir las experiencias paternalistas de reforma social de Zuleta en otras haciendas? ¿Hasta qué punto se pudo pensar que sectores terratenientes que buscaban mejorar la productividad de sus haciendas estuviesen interesados en transformar a los campesinos indígenas en ciudadanos? En todo caso, a menos que el proyecto de Plaza se hubiese aplicado desde el Estado en todo el país, fue bastante ingenuo en pensar que las haciendas podían aplicar experimentos democráticos.

El conflicto entre Concentración de Fuerzas Populares (CFP) y Plaza es interesante para analizar, por un lado, el carácter democrático-liberal del proyecto placista y, a la vez, sus limitaciones para incorporar a los sec-

tores populares que vivían en condiciones de exclusión económica, política y de precariedad legal en las barriadas urbanas de los pueblos y las ciudades. Concentración de Fuerzas Populares fue fundada en Guayaquil a finales de los años cuarenta por Carlos Guevara Moreno y un grupo de intelectuales y políticos de clase media y media alta (Martz, 1989 [1980]; Menéndez-Carrión, 1986). Además de su discurso populista de pueblo contra trincas, lo más destacado de CFP fue la creación de un partido piramidal y jerárquico que se relacionó con los sectores urbanos a través del clientelismo político. La relación clientelar se basó en el intercambio de votos por favores pero también fue una relación de carácter semipermanente a través de la cual los líderes y caciques del CFP se convirtieron en personas que podían resolver problemas médicos, policiales y de empleo de sus bases (Menéndez Carrión, 1986: 293-299). Así, se conformaron lealtades políticas basadas en discursos que presentaron la política como una lucha total y moral entre el pueblo cefepista y las trincas oligárquicas del gobierno de Plaza. CFP, además, utilizó las movilizaciones como mecanismos para demostrar su poder y para crear la sensación de que sus seguidores tenían una voz que no era escuchada por el gobierno regionalista serrano de Plaza. Dentro de sus tácticas, el semanario *Comentarios del Momento* adquirió un rol especial, tanto para cimentar lealtades partidistas, como para —a través de la denuncia de supuestas corrupciones, del uso del humor y del insulto personal— provocar al gobierno. Esta combinación de un periodismo incitador y militante, con movilizaciones populares fue una constante provocación al gobierno de Galo Plaza.

En un contexto en el que los mandatarios no siempre respetaron la libertad de prensa, la política de *Momento* fue la de incitar a través del insulto a que el presidente los reprima. Por ejemplo, en el número 19 del 4 de marzo de 1950 se dijo:

“ya nadie cree en la capacidad de hombre ‘práctico’ del Sr. Plaza. Su prestigio de dueño de abundantes majadas y extensos potreros, su debilidad por el inglés y las fotografías, su atuendo de beisbolero americano, risueño y pueril, no han aportado a la nación nada más que abandono, anarquía, miseria y desesperanza.”

Plaza aguantó con buen humor los insultos y a diferencia de otros mandatarios no clausuró esta publicación, aún luego del fallido intento de golpe de estado del CFP en 1951. Su estrategia fue esperar a que Guevara Moreno y el CFP rompan la ley. En una carta personal al gobernador del Guayas, Federico Intriago Jr. sostuvo,

“la mejor manera de destruir el mito que tiene el bajo pueblo de la inviolabilidad de Guevara Moreno es sometiéndolo a una acción de policía en caso de cualquier infracción. Tú sabes tanto como yo que lo importante es destruir el mito ciudadano y no convertirlo en mártir” (Julio 3 de 1950, AFGPL).

La estrategia de *Momento* fue apelar al nacionalismo frente a lo que se calificó como el servilismo de Plaza a los intereses extranjeros. Se utilizó el chauvinismo para criticarlo por traer expertos extranjeros como cuando Rafael Cuello Serrano lo atacó “por despreciar en forma absoluta la capacidad de los nacionales, hablando en traspasado de la importación de técnicos” (*Momento* 37, Guayaquil 8 de julio de 1950, p.2). El uso del nacionalismo tuvo tonos más serios cuando varios números de la revista analizaron la frase de Plaza, “el Oriente es un mito”, para calificarlo de anti-patriota y vendido a los intereses de las petroleras y del Perú. No importó la descontextualización de la frase, lo que perduró en la imaginación colectiva de los anti-placistas fue su caracterización como extranjerizante.

Esta imagen de que Plaza venía del extranjero se reforzó con los ataques a sus orígenes sociales: “la queja del señorito bien, del hombre ‘distinguido’ contra el ambiente (un ambiente de cholos y de runas, que no entiende todavía la técnica gringa)” (“Publicidad de exportación.” *Momento* 26, 22 de abril de 1950, pág. 8). O como cuando se caracterizó a su primer año de gestión como el gobierno de

“los ‘mayordomos prácticos’” que ofrecieron “a este sufrido y tolerante país un futuro de hacienda serrana bien administrada... un gobierno de mayordomos, bajo el cual la leche será tan cremosa como en la ‘Avelina’, la amarilla manteca más rica que nunca, los indios cromáticos y exportables para el turismo, las vacas con las ubres pesadas y generosas, los cuernos majestuosos... Ingresaríamos pues los ecuatorianos a un establo de

calcomanía, felices de tener patroncitos gordos y bonachones" (*Momento* 10, 31 de diciembre de 1949, pág. 3).

A más de la provocación a través de la burla periodística, CFP utilizó las movilizaciones populares. Para empezar, calificaron las elecciones para alcalde de Guayaquil del 6 de noviembre de 1949 como fraudulentas por la pérdida de su candidato, Rafael Mendoza Avilés ante Rafael Guerrero Valenzuela y movilizaron sus bases que se enfrentaron con la policía. Aprovechándose de la derrota del gobierno en las elecciones para el congreso de 1950 y en la caída de popularidad de Plaza por el incremento en el costo de vida, el 15 de julio de 1950 el CFP intentó dar una mezcla de golpe de estado con insurrección popular en Guayaquil (Fitch, 1977: 40), que no prosperó y fue frenada por el ejército. Luego de trasladar a los cabecillas al penal García Moreno de Quito, en un comunicado a la nación el presidente Plaza manifestó, "seré tan severo con los cabecillas como antes fui tolerante" (*El Telégrafo*, domingo 16 de julio de 1950, pág. 1). Esta fue la oportunidad para encarcelar a los líderes del CFP sin clausurar *Momento* y sin utilizar los poderes especiales que le daba la Constitución, aunque sí clausuró Radio Continental de Guayaquil. El domingo 16 fue atacado el local del CFP y confiscado el número 38 de la revista *Momento*. Según las denuncias cefepistas y del periódico *La Hora* de Guayaquil (17 de julio 1950, pág. 4), los autores fueron pesquisas del gobierno, versiones desestimadas por el periódico *El Universo* (16 de julio 1950).

CFP fue visto por los sectores altos y medios de Guayaquil como la expresión de las pasiones más viles de las clases bajas. Por ejemplo, en una carta al editor del periódico *El Universo*, Fermín Melitón Jurado Cedillo caracterizó a *Momento* como "un estigma que avergonzaba a la ciudad guayaquileña" (*El Universo*, 20 de julio 1950). El prestigioso liberal independiente Francisco Arízaga Luque calificó a los líderes de CFP como "apóstoles de la falsía y la simulación" (*El Telégrafo*, 17 de julio 1950, p. 3).

En *El Universo* del 19 de julio de 1950 en la "Radiografía del Movimiento Guevarista" se lo califica como un partido que "había envenenado metódicamente a las masas." CFP, según este periódico estaba conformado por "hampones recolectados en todos los ámbitos de la ciu-

dad, los rateros... los delincuentes de diverso tipo –desde el matón de barrio hasta le chantajista habitual– a cuyo cargo se hallaba, justamente el llevar a la práctica los planes delictivos que hubo de concebir su mentalidad malsana”.

A diferencia de estas visiones, calificadas por el CFP como oligárquicas, según sus militantes, ellos habían sido víctimas de una conspiración del gobierno al acusarlos injustamente de tratar de dar un golpe de estado (*Momento* 39, 9 de septiembre 1950). A las acciones del gobierno de Plaza se las calificó como represivas e injustas y se organizaron mítines y marchas para demandar la liberación de los presos políticos, muchas de las cuales fueron reprimidas por la policía (Menéndez Carrión, 1986: 340-341). Lejos de terminar con la carrera política de Carlos Guevara Moreno, como temía Plaza, su prisión le convirtió en mártir y le llevó al triunfo en las elecciones para la alcaldía de Guayaquil en noviembre de 1951 (Martz, 1989: 340).

La confrontación entre el CFP y Plaza ilustran claramente la vocación liberal-democrática del primer mandatario. Resistió aplicar mano dura, logró que la prensa “seria” apoye sus actos y descalificó al CFP ante las clases medias y altas como un grupo de aventureros irresponsables apoyados por el hampa. Para Plaza sortear esta conspiración dentro del marco del estado de derecho fue un gran triunfo político. Además, como lo anota en una carta a Camilo Gallegos, ministro de la Corte Suprema de Justicia, “debe ser motivo de satisfacción el saber que esta clase de cosas ya no prosperan en el país, porque en el ejército y en la ciudadanía va echando raíces la conciencia democrática (21 de julio de 1950, AGPL).

Pero lo que Plaza no consiguió fue crear mecanismos de pertenencia y de adhesión que contrarresten a los del CFP. Sus actos legales que fueron leídos por los cefepistas como de represión y de irrespeto a las garantías democrático-liberales, más bien acrecentaron la fama de Guevara Moreno y cuando éste llegó a la alcaldía significaron mayores recursos para afianzar sus bases de apoyo popular. Si bien Plaza venció en un primer momento apoyándose en la legalidad democrática, su visión de democracia no convenció a todos. Los cefepistas y Velasco Ibarra calificaron estos actos como de desmedida represión. Sin embargo, en una perspectiva de futuro, si bien la visión y las prácticas de Plaza convencieron a algunos

sectores de clase media y alta –y no a todos, pues muchos no aceptaron estas prácticas en su cotidiano– para mucha gente común y corriente lo democrático se manifestó más bien en las calles, donde se vitoreaban a sus ídolos populares como José María Velasco Ibarra o Carlos Guevara Moreno.

Estas reacciones populares de apoyo a los populistas también se debieron a las prácticas comunes de dominación que los excluían y fueron reacciones racionales ante quienes los calificaron como hampones y delincuentes, en fin como a personas sin la capacidad de ejercer la democracia. Fueron los líderes populistas quienes enterraron el proyecto de modernización de la administración de Galo Plaza. Velasco Ibarra durante su tercer mandato cambió la orientación de la política económica y no se preocupó de las finanzas sanas basadas en el superávit y gastó todo cuanto pudo en sus planes de construcción de carreteras y escuelas (Norris, 2004 II: 194-196). También tiró al tacho de la basura la legislación de Plaza que buscó generar una burocracia más técnica y menos política.

La campaña de 1960

Por primera vez en la historia ecuatoriana, como lo anota George Maier (1965: 222), los cuatro candidatos –Velasco Ibarra, el liberal Galo Plaza, el conservador Gonzalo Cordero Crespo y el izquierdista Antonio Parra Velasco– hicieron campaña política a nivel nacional. Esto contrasta con campañas anteriores en las que Velasco Ibarra fue el único candidato que recorrió gran parte del país en sus campañas. Además de hacer recorridos nacionales, los seguidores de los candidatos, sobre todo los velasquistas, organizaron contra-manifestaciones para expresar rechazo a sus rivales.

Luego de descartar la candidatura del candidato conservador de origen plebeyo Ruperto Alarcón Falconí, el Partido Conservador nominó a Gonzalo Cordero Crespo, ex-ministro de Previsión Social y Trabajo del gobierno de Camilo Ponce Enríquez. Cordero Crespo manifestó, “mi designación ha sido inspirada por Dios” (*Vistazo*, febrero de 1960, pág. 50). Su candidatura fue apoyada por el Partido Conservador, el Movimiento Social Cristiano del presidente Camilo Ponce, por el partido de ultrade-

recha y nacionalista ARNE (Acción Revolucionaria Nacional Ecuatoriana), por sectores del clero que prohibieron a sus militantes votar por el candidato liberal y por los sectores aristocráticos propietarios de haciendas.

Antonio Parra fue el candidato de la Unión Democrática Anti-Conservadora que aglutinó al CFP, al Partido Comunista, a los sectores marxistas del Partido Socialista liderados por Manuel Agustín Aguirre y al Movimiento Segunda Independencia del prestigioso intelectual y candidato a la vicepresidencia Benjamín Carrión. Esta candidatura de la que se esperaba gane los votos del CFP en su baluarte histórico –Guayaquil– fracasó por el deterioro de este partido que había sido derrotado en las elecciones municipales de 1959.

Pese a que tanto la prensa nacional como internacional pronosticaron que la lucha se definiría entre Gonzalo Cordero y Galo Plaza, la confrontación se dio entre Plaza y Velasco Ibarra. Velasco Ibarra, luego de recibir una carta de apoyo con 200.000 firmas y de contar con el apoyo económico de elites guayaquileñas de las que –según Robert Norris (2004 II: 268)– “se decía que algunos habían acumulado fortunas durante el gobierno anterior y que esperaban hacerlas crecer en 1960”, aceptó la candidatura. Sus financistas (Norris, 2004 II: 281), incluían las fortunas más grandes del país, tales como las del bananero y exportador Luis Noboa Naranjo, Simón Cañarte, dueño de entre otras propiedades, del periódico *La Nación*; Juan X. Marcos que empleaba a 15.000 personas en su ingenio San Carlos; Galo Martínez Merchán, Carlos Julio Arosemena Monroy, la familia Ponce Luque y otros. Desafortunadamente no hay información sobre el monto de los aportes para la campaña, ni sobre el costo de ésta. Velasco contó con el apoyo de varios caciques y líderes como Manuel Araujo y el locutor de radio Gustavo Herdoíza en Quito, en Guayaquil con Jaime Nebot, Nicolás Valdano, el alcalde Pedro Menéndez Gilbert, entre otros. Estos líderes, como lo demostró Amparo Menéndez-Carrión (1986: 383-391), fueron quienes movieron el voto a su favor.

Al aceptar su candidatura Velasco Ibarra manifestó, “el pueblo sabe que mi candidatura es humana y no política” (*El Universo*, 27 de enero de 1960, pág. 15). En una entrevista con la Revista *Vistazo* dijo,

“lo que yo creo señor es que en el Ecuador no hay Partidos Políticos, señor. No son sino denominaciones que ocultan la misma ambición, la misma inmoralidad política. ¿Cómo voy a creer yo en los Partidos Políticos en Ecuador? No está viendo Ud. al Socialismo, defendiendo con “contratados” (subraye eso, señor) a la United Fruit Company? ¿Puede creer alguien en la United Fruit Company?” (*Vistazo*, abril de 1960, pág. 38).

Los partidarios de Velasco Ibarra, como Carlos Julio Arosemena, crearon una atmósfera conspirativa alrededor de “un monstruoso fraude”. Argumentaron que unas manos hábiles preparan una celada para victimar al Dr. Velasco Ibarra” (*El Universo*, 30 de enero de 1960, pág. 3). Se organizaron grandes actos de masas para recibirlo y para posesionarlo “espiritualmente como presidente de todos los ecuatorianos” (*El Universo*, 30 de enero de 1960, pág. 3). Se lo construyó como “el apóstol de los humildes y el constructor de la patria” (*El Universo*, 16 de febrero de 1960, pág. 2). Al igual que en sus campañas anteriores se invitó a salir a la gente a las calles para ser “protagonistas de la historia”. Cuando Velasco regresó al país, alrededor de 30.000 personas fueron a recibirlo al aeropuerto de Guayaquil; al ver el avión que lo traía del exilio invadieron la pista y debió aterrizar en el aeropuerto de la FAE (Fuerza Aérea Ecuatoriana). La conmoción fue tan grande que una mujer humilde murió arrollada por el automóvil que conducía a Velasco. Sus partidarios apedrearon las centrales políticas de sus rivales y al mando del “chino Chang” quemaron ejemplares de *El Universo* y lanzaron piedras contra este medio (*El Universo*, 21 de febrero de 1960).

Su recibimiento en Guayaquil marcó el tono violento de la campaña. Pese a que según Peter Pyne (1975:113) “para los estándares locales la campaña no fue especialmente violenta con un total de 11 muertos”, la prensa y los comentarios de los candidatos opositores de Velasco dan otra impresión. Para sus seguidores –me imagino que esta fue la estrategia de la campaña– estar a favor de Velasco significó lanzar piedras y golpear a los seguidores de los otros candidatos. También fue no permitirles hablar como ocurrió en Paute, Gualaceo y Sigsig, donde no se permitió la intervención del candidato conservador. La violencia de la campaña llegó a su

cenit cuando Velasco Ibarra llegó a Quito el 19 de marzo, día de su onomástico. Ese día murieron seis o siete personas y alrededor de 30 resultaron heridas en choques entre velasquistas y los seguidores de Plaza y de Cordero. Los velasquistas además lanzaron piedras a la esposa y a los hijos del presidente Camilo Ponce que observaban su llegada desde una azotea, atacaron varias radiodifusoras y apedrearon el edificio del diario *El Comercio* de Quito que desde esa fecha no recibió propaganda velasquista. También atacaron el domicilio de Galo Plaza y a varias centrales electorales de Plaza y Cordero.

Estos episodios adquirieron características esperpénticas cuando el líder velasquista Manuel Araujo Hidalgo emprendió la grotesca y siniestra caza de muertos y la tentativa de comprar cadáveres.

“Toda la ciudad de Quito vio la desoladora peregrinación de Manuel Araujo Hidalgo tras un muerto que culminó en la grotesca visita a la directiva conservadora para implorar que “les cedan un muerto al velasquismo”. El final: el robo del cadáver del chico Anchaluiza, de la morgue para enterrarlo como “víctima del placismo”. Y por sobre eso, el ataque con papas y limones primero, con palos y bala después, al cortejo severo y silencioso que llevaba al cementerio los cadáveres de Olalla y Santamaría, los hombres que prefirieron la muerte a gritar “Viva Velasco Ibarra” (Juan sin Cielo, “En manos de la muerte”, *La Calle* 159, Quito, 26 de marzo de 1960, pág. 1).

Ante estos actos de violencia, Galo Plaza pidió a Velasco y a los candidatos Cordero y Parra “un compromiso entre caballeros para que no siga derramándose la sangre de nuestros compatriotas... para que la lucha se desenvuelva en forma civilizada” (*El Universo*, 21 de marzo de 1960, pág. 3). A diferencia de los otros candidatos que acogieron el pedido de Plaza, Velasco dijo, “se habla de un pacto de caballeros sobre cadáveres de hombres que no pueden resucitar. Yo creo en la libertad de expresión. No necesito pacto de caballeros para sentir lo que es la libertad de un pueblo culto y civilizado” (*El Universo*, 22 de marzo de 1960, pág. 11).

Los velasquistas se proclamaron víctimas de los ataques del gobierno de Camilo Ponce quien, según ellos, promovía la candidatura de Galo Plaza (*La Nación*, 20 de marzo de 1960). Velasco explicó las acciones de

sus seguidores en contra de *El Comercio* y de varias radiodifusoras en los siguientes términos,

“Yo no puedo menos que protestar contra la inmoralidad de ciertos periódicos como *El Comercio* de Quito. El pueblo fue asesinado el 19 de marzo y durante dos o tres días *El Comercio* no hace sino publicar manifiestos anónimos destinados a insultar al pueblo velasquista. Se hace de víctimas, victimarios, con necios y salvajes calificativos. El pueblo de Quito pudo destrozarse la Central Placista, la Radio Espejo y *El Comercio*, porque la furia popular es igual en cualquier parte del mundo. Ya aquieté al pueblo... pero fue inevitable que algunos exaltados atacaran a la Radio Espejo y *El Comercio*” (*Vistazo*, abril de 1960, pág. 39).

Plaza articuló un estilo político diferente. Su candidatura fue apoyada por el Partido Liberal Radical, por el ala no marxista del Partido Socialista y por independientes. Según las cifras de Jorge Goetschel, tesorero de su campaña, se gastaron S/.1.230.157 sucres, alrededor de \$ 82.010 dólares. Los principales financistas fueron su yerno, el prestigioso abogado Ricardo Crespo Zaldumbide que ayudó a coleccionar entre amigos, conocidos y simpatizantes S/.270.000 sucres. Galo Plaza gastó S/.83.000 sucres de su bolsillo. Entre sus financistas, que me imagino fueron sus amigos, hay empresarios como Alfredo Albornoz con intereses en el Banco de Préstamos y en la Buick-Chevrolet que colaboró con S/.10.000 sucres; el industrial y comerciante José Dassum que aportó S/.19.000 sucres; Guillermo Ramos que colaboró con S/.19.000 sucres; Roque Bustamante de la Mutualista Pichincha que aportó S/.6.000 sucres; Enrique Colomo, director de la Anglo Ecuatorian Oilfields y de la Carolina Oils con S/.5.000 sucres; el hacendado Manuel Freile que sólo dio S/.2.000; Guillermo Wright de Supermercados La Favorita con S/.5.000 sucres, entre otros (AFGPL).

La candidatura de Plaza se basó en el apoyo de los partidos liberal y socialista. Andrés F. Córdova en la convención liberal que proclamó la candidatura de Plaza dijo, “no es la confianza en un hombre... es la confianza en un partido... es la designación del hombre que ha de gobernar en nombre de su partido, con su doctrina, con su programa, con su dirección” (*El Universo*, 25 de enero de 1960, pág. 5).

Plaza articuló su campaña alrededor de la antidemagogia. En una entrevista a pocos días de aceptar la postulación a la presidencia por el Partido Liberal manifestó, “tendré la satisfacción de ofrecer únicamente aquello que sea capaz de cumplir” (*El Universo*, 28 de enero de 1960, pág. 15). El Frente Democrático Nacional en un comunicado a la nación anunció que Plaza “no hizo milagros ni los promete” (*El Universo*, 3 de marzo de 1960, pág. 5). Sus seguidores prometieron “que se iniciará una etapa nueva de equilibrio y sensatez” (*El Universo*, 18 de marzo de 1960, pág. 7). Las palabras “sensatez, honradez, equilibrio, trabajo” adornaron las pintadas a su favor en las calles de Guayaquil (*Vistazo*, febrero de 1960, pág. 7). Según Plaza, “nosotros que representamos el voto consciente no permitiremos que la irresponsabilidad y el caudillismo lleven a la patria por los vericuetos más abominables” (*El Universo*, 25 de mayo de 1960, pág. 1). Se diferenció de los velasquistas a quienes acusó de pregonar el espectáculo de “regresión a la selva.” Dijo, “yo creo en el respeto y en la tolerancia, creo que la discusión debe tender a convencer y no atropellar” (*El Universo*, 8 de marzo de 1960, pág. 12). Cerró su campaña en Quito prometiendo un gobierno responsable en que la libertad tenga vigencia plena (*El Comercio*, 29 mayo de 1960, pág. 3).

“Las palabras revolución y reforma fueron los *leit motifs* de la campaña” (Pyne, 1975: 112). Tanto es así que hasta el candidato conservador habló de la necesidad de un cambio, de “una revolución blanca de reformas económicas y sociales no violentas” (Fitch, 1977: 47). Los conservadores afirmaban que “la reforma agraria es un imperativo. Su proceso debe ser de evolución, para eliminar la conmoción violenta y las repercusiones negativas” (*El Universo*, 27 de mayo de 1960, pág. 3). Antonio Parra en la proclamación de su candidatura dijo que “la primera medida será... la reforma agraria... para darle tierra a todo aquel que quiera trabajar con el sudor de su frente” (*El Pueblo*, 27 de febrero de 1960, pág. 5).

Todos hablaban de un cambio. Obviamente, el que más cambios prometió fue el doctor Velasco Ibarra. El 4 de febrero, frente a la brigada de choferes velasquistas de Guayaquil dijo que al igual que en el resto del mundo “estamos concretando una revolución de paz, de justicia... para redimir al hombre del tugurio y de la miseria.” Definió al velasquismo como “un anhelo, un idealismo de justicia, de libertad, de sinceridad, de

trabajo, de descender a la multitud para comprender todas las necesidades del pueblo" (*El Universo*, 5 de marzo de 1960, págs. 1 y 14).

El 31 de mayo en Quito en la "marcha de la victoria velasquista," "a la aristocracia gamonalista" le dijo, "estáis metidos con la chusma velasquista. Pero digo con Alessandri, bendita chusma, con vosotros cuento para levantar la grandeza del pueblo ecuatoriano. En esta chusma hay artesanos, mujeres, campesinos, brazos esforzados, grandes almas nobles, espíritus que son el alma de la patria, que redime a la república de la corrupción calculadora" (*El Universo*, 1 de junio de 1960, pág. 23). En el mismo discurso se refirió al pueblo de Quito como "pueblo calumniado pero pueblo de carne y hueso, y no de fantasmas, que manifiestan su grandeza" (*El Comercio*, 1 de junio de 1960, pág. 16).

Para Velasco, la lucha política fue ética y por valores trascendentales. A un amigo uruguayo le escribió, "es el combate entre el bien y el mal que usted sabe que es eterno" (citado en Norris, 2004 II: 275). En esta confrontación, Plaza apareció como la encarnación del mal. Según Velasco, en esta contienda "se está con la patria o la antipatria" (*El Universo*, 4 de marzo de 1960, pág. 14). Expresó que Galo Plaza "carecía de espíritu democrático, que no tenía sensibilidad democrática y que no captaba el repudio de las mayorías y resolvía a conquistarse las ciudades y luego se culpa al velasquismo" (*El Comercio*, 1 de junio de 1960, pág. 16). En un comunicado de la Federación Nacional Velasquista se definió al placismo como "repugnante contubernio de matones y oligarcas, de empresarios voraces y pistoleros de barrio, que organizados una vez más en una empresa electorera tratan de saquear al país y poder tener así millones para derrochar, que les permita adquirir cofres de joyas para sus esposas y hacer desaparecer de la frente toda huella vergonzosa" (*La Nación*, 15 de mayo de 1960, pág. 1).

En concreto se acusó a Plaza de agente de la United Fruit (*La Nación*, 3 de abril de 1960, pág. 8). Es más, Manuel Araujo Hidalgo acusó a esta compañía por la supuesta matanza de los velasquistas en Quito, el 19 de marzo (*El Universo*, 20 de marzo de 1960, pág. 24). Velasco manifestó "en mi concepto, el señor Plaza no puede aspirar moralmente a ser candidato ni menos ser presidente de la República por su vinculación con la United Fruit Company" (*El Universo*, 4 de marzo de 1960, pág. 14).

Cuando ganó la presidencia, Velasco manifestó al diario *La Nación*, “los pueblos votan por intuición es decir son infalibles; en este sentido, por algo se ha dicho que la voz del pueblo es la voz de Dios. Es imposible engañar largamente a los pueblos” (6 de junio de 1960, pág. 1) El mensaje que Velasco entregó a la revista *Vistazo* resume bien su propuesta:

“Que el pueblo ecuatoriano no se amilane ante el ataque a muerte de la gavilla de oligarcas acostumbrados a disfrutar del poder; que ayudado por todos los ecuatorianos de conciencia, ricos o pobres, conquiste con su voto el mando e imponga desde el la justicia integral, principalmente la justicia en favor de los pobres, de quienes viven muriendo en medio del barro, del pantano, de los insectos, de los escombros” (*Vistazo*, abril de 1960, p. 39).

El estilo anti-demagógico de Plaza se ilustró en su mensaje a los ecuatorianos escrito para la revista *Vistazo*, “Para mi patria a la que anhelo servir con todas mis fuerzas” (marzo de 1960, pág. 44). Sus propuestas de gobierno se basaron en el robustecimiento de las instituciones republicanas y en el compromiso de “librar al pueblo ecuatoriano de la miseria. No hay libertad cuando hay pobreza y miseria.” Para esto propuso “tecnificar la agricultura” y hacer una reforma agraria técnicamente planificada para “liquidar todo vestigio feudal.” “Dar la tierra a quien la trabaja.” Pero si esta consigna izquierdista despertaba temores la matizó, “tengo plena conciencia de lo que digo porque yo trabajo la tierra” (*El Universo*, 19 de marzo de 1960, pág. 15). Prometió una industria basada en la agricultura, defender el laicismo “ya que el objetivo básico de mi programa de acción es desalojar a la derecha del poder” (*Vistazo*, febrero de 1960, pág. 48). Su campaña buscó “terminar con todas las discriminaciones que afecten a las mujeres ecuatorianas” y promover la participación de la mujer desde la legislatura. Según Plaza “las mujeres tienen la intuición que no tienen los hombres. Aborrecen la violencia, piensan en su hogar, en su marido” (*El Universo*, 29 de marzo de 1960, pág. 5).

Ante los ataques velasquistas, que fueron vistos como actos de verdadera expresión de la democracia, los placistas expusieron principios basados en la tolerancia y en el imperio de la ley. *El Comercio* reportó el últi-

mo acto proselitista de Plaza en Quito como “una verdadera fiesta; una explosión de fervor cívico; una demostración de compostura; un desfile de hermosas mujeres y de ciudadanos fue la Marcha de la Democracia” (*El Comercio*, 29 de mayo de 1960, pág. 1). Para este mismo medio, Plaza “representa una tendencia progresista, enraizada en la clase media y en los sectores populares moderados” (*El Comercio*, 5 de junio de 1960, pág. 1). La campaña dura en contra de Velasco estuvo a cargo del semanario *La Calle* dirigido por el periodista Alejandro Carrión, “Juan sin Cielo”, quien fue brutalmente agredido por la pesquisa y obligado a ingerir excremento humano durante el tercer velasquismo (Norris, 2004 II: 174). Alejandro Carrión fue amigo de Plaza. Al finalizar el gobierno de Plaza, junto a Benjamín Carrión y Alfredo Pareja Diezcanseco, fundó el periódico *El Sol* que apoyó abiertamente a Plaza. En la campaña de 1960, *La Calle* (números 159, 161, 163) fue la tribuna para desprestigiar a Velasco a quien se calificó como el “gran farsante”, como “loco”, como un “cantinflas”, “payaso”, “bufón” y “orate”.

En la campaña electoral de 1960 se expresaron claramente los dos estilos políticos a los que se refería Galo Plaza al inicio de este capítulo. Plaza se presentó como la encarnación de la razón, la no-demagogia, la responsabilidad, la tolerancia. En una palabra, como la expresión racional de la ciudadanía consciente. Su rival fue tachado de ser todo lo contrario a la política racional que debe caracterizar a la convivencia democrática basada en la tolerancia y en el respeto a las opiniones de los otros. Plaza también asumió el rol del educador paternalista que transformaría las pasiones irracionales del pueblo en ideales racionales que promuevan la democracia. Sus discursos y su estilo tuvieron acogida en los sectores anti-conservadores opuestos a un nuevo triunfo de la derecha y en sectores de clase media liberal y socialista.

La prensa seria como los periódicos más grandes *El Comercio*, *El Universo* y *El Telégrafo*, así como la revista *Vistazo* apoyaron abiertamente su candidatura y no aceptaron la propaganda pagada por los velasquistas debido a los ataques de este candidato y de sus seguidores a estos medios. El día anterior a las elecciones publicaron un comunicado de los directores de las principales radiodifusoras y periódicos del país repudiando la actitud “adversa a la libertad de prensa... que desconociendo todo princi-

pio de respeto a la libre expresión del pensamiento han abrumado al país con su diatriba y arbitrariedad” (*El Comercio*, 4 de junio de 1960, pág. 1).

Velasco Ibarra y sus lugartenientes como Carlos Julio Arosemena, Manuel Araujo Hidalgo y otros, tal vez demagógicamente, dieron la vuelta a las palabras de Plaza para representarlo como la encarnación del gamonalismo y de la oligarquía vendida a los intereses de las empresas monopolísticas extranjeras como la United Fruit Company. Galo Plaza no pudo librarse de dos características que despertaron muchas resistencias: sus orígenes sociales de terrateniente serrano y su amistad con el gobierno y las empresas estadounidenses (Maier, 1965: 208). Velasco alabó, exaltó y promovió los actos en los cuales sus seguidores atacaron a los placistas, a la gran prensa y calificó a estos actos como la esencia de la expresión de la libertad de un pueblo culto y civilizado que lucha por la justicia. Su discurso maniqueo adquirió tonos mesiánicos, se lo llamó “el apóstol” que traería la redención de los humildes y cambió el sentido de chusma como un término que descalificaba a los más pobres como la esencia de la ecuatorianidad.

Velasco contó con el apoyo de los “cholos” (Maier 1965). Le apoyaron los inmigrantes indígenas de la sierra que buscaron trabajo en las ciudades serranas y sobre todo de la costa y en las plantaciones de esa región. Este grupo de trabajadores manuales no calificados y de empresarios pequeños del sector informal fueron, en palabras de George Maier (1965: 7) su adorada chusma. Junto a éstos, los artesanos y los sectores más prósperos de los trabajadores, así como los empleados públicos y privados, los profesionales liberales sin recursos, los tinterillos, fueron su base de apoyo (Maier, 1965: 4).

Como lo han demostrado Juan Maiguashca y Liisa North (1991), las bases sociales del velasquismo de los años 1950 y 1960 fueron sectores sociales que vivieron procesos importantes de cambio social como los exhausipungueros o sus hijos transformados en habitantes de ciudades pequeñas y medianas de la costa y empleados en las plantaciones, ex-artesanos proletarizados en las agro-exportadoras y por sectores medios. Lilo Linke (1960: 79-84) documenta la situación de inseguridad y de precariedad económica de los empleados públicos y privados a quienes el salario les permitía un ingreso mínimo de subsistencia y que estaban constan-

temente endeudados. Si bien frente a los indígenas tenían una situación de superioridad étnica y socioeconómica, eran constantemente recordados de su inferioridad étnica, de status y de apellido ante los aristócratas y los nuevos ricos.

El discurso de Velasco fue efectivo porque representó la continuación de un estilo político y de un discurso anti-oligárquico y populista. Ya se analizó como el CFP, desde *Comentarios del Momento*, atacó sistemáticamente al presidente Plaza como la encarnación del gamonalismo y del regionalismo serrano y cómo utilizó los actos de masas y, aún la fallida insurrección del 15 de julio de 1950, para dar la sensación a sus seguidores de que el gobierno de Plaza era anti-democrático y represivo. El triunfo de Camilo Ponce en las elecciones de 1956 provocó varias insurrecciones fallidas. El gobierno de Ponce fue vivido como el retorno de la derecha represiva y la estrategia de los velasquistas fue argumentar que Plaza era el candidato oficial y que en muy poco se diferenciaban estos dos hacendados y “gamonales” serranos. Las palabras de los velasquistas aparecieron como creíbles por ser parte de toda una tradición discursiva anti-oligárquica. Pero, además, porque en la memoria de los electores estaban frescos los acontecimientos de mayo y junio de 1959 que, según la prensa sería, fueron momentos de peligrosa beligerancia del hampa que trató de tomarse y saquear Guayaquil. La gente común y corriente y algunos políticos izquierdistas, cefepistas y velasquistas vieron estos actos como de desmedida y brutal represión derechista.

El 29 de mayo de 1959 murieron seis personas en Portoviejo cuando fue atacado el cuartel Esmeraldas para ajusticiar y linchar al capitán Galo Quevedo quien había provocado con sus maltratos el suicidio del estudiante José García, un conscripto de dicho cuartel. Los estudiantes de Guayaquil se solidarizaron con los de Portoviejo con una manifestación que terminó en tres estudiantes muertos el 2 de junio. Al día siguiente, luego de un tumultuoso entierro, se produjo un saqueo en la ciudad que fue reprimido a bala por el ejército. En estos incidentes murieron al menos 50 personas y se sufrieron pérdidas estimadas en 16 millones de sucres (*Vistazo*, junio de 1959). Otros, como el señor Pedro Ángel Plúas Manzano que fue testigo de estos eventos en que su hermano fue ametrallado por los militares, estiman que entre 500 y 800 cadáveres fueron enterra-

dos en fosas comunes y arrojados al agua con el estómago cortado (*La Calle* No. 121, 4 de julio de 1959, pág. 7).

Si bien, según la revista *Vistazo*, la gente del hampa fue la responsable de los saqueos y felicitó al ejército por salvar a Guayaquil, el escritor Pedro Jorge Vera presentó un análisis diferente. Vera anotó que la crisis económica y la inmigración masiva a Guayaquil habían agravado el problema de la desocupación, en una ciudad que veía la crisis como un fenómeno político provocado por las malas acciones del gobierno gamonal regionalista serrano de Ponce. Cuando los manifestantes pasaron cerca del Cuartel Modelo, baluarte de la odiada policía, alguien gritó “hagamos como el 28 de mayo” en referencia a la toma y quema del odiado cuartel de los carabineros el 28 de mayo de 1944. El ejército no permitió que se ataque el cuartel de la policía por lo que los manifestantes siguieron hacia el cuartel de la pesquisa y lo incendiaron. Desde ahí partieron a la odiada “casa de empeños El Sol, baluarte y símbolo del despojo organizado” donde mucha gente había perdido sus pocas pertenencias. El ejército intervino a disparos y justificó su acción como una defensa de la ciudad frente a un “Bogotazo” del hampa, pero Vera anota “que entre los muertos, los heridos y los presos, ha sido excepcional la presencia de un delincuente fichado” (Pedro Jorge Vera, “La matanza de Guayaquil”, *La Calle* No. 121, 4 de julio de 1959, págs. 6, 7, 29).

A diferencia de las elites para quienes los eventos de junio de 1959 ilustraron los peligros del hampa y de las masas exaltadas que podrían ocasionar un Bogotazo, para la gente común fueron episodios no sólo de violencia estatal sino simbólica pues las víctimas de la represión aparecieron como hampones, como la chusma, en fin como la antítesis de los ciudadanos. Es por esto que, cuando Velasco cambió el sentido de los términos despectivos con los que la prensa y la “gente bien” se referían al bajo pueblo como chusma, no civilizados, ingenuos, etc., sus palabras adquirieron tanta resonancia. Así, lo que a primera vista aparece como la irracionalidad y la falta de cultura del bajo pueblo carente de cultura política y que por ello apoya un candidato demagógico, puede y debe ser leído de manera más profunda. Velasco Ibarra fue construido y se auto-erigió en el representante del pueblo bajo, de la chusma, de la patria, de la justicia, de la redención de los humildes, a quienes sus superiores y la prensa culta

y sería tildaron de hampones, habitantes de la selva, en fin de personas no civilizadas, ni preparadas para la democracia.

Pero esta elección no sólo la ganó a base de discursos. Las estrategias de los candidatos también fueron decisivas. Si bien Velasco visitó todo el país, Plaza redujo su campaña “a visitas a capitales y cabeceras cantonales descuidando el recinto y los núcleos aislados de población rural” (*Vistazo*, junio de 1960, pág. 13). Estos lugares precisamente concentraron gran parte de la población al ser los dormitorios de los trabajadores agrícolas (Maiguashca y North, 1991: 112). Su campaña además descuidó la asignación de fondos a provincias. Según los datos del tesorero de la campaña se gastaron S/.491.958,90 sucres en asignaciones a las provincias para que se organicen comités, se haga proselitismo, etc. De este dinero, el 63 por ciento (esto es S/.310.963,90 sucres) se dieron a Pichincha, sin mucho rédito pues Velasco triunfó en Quito y sólo S/.20.000 sucres a Guayaquil. En consecuencia, el 22 de marzo de 1960, el capitán Rafael Vicente Flores Chiriboga manifestó a Plaza que en Guayaquil “hasta el momento, no hay un sólo comité formado a su favor... falta organización... no hay fondos, no mandan dinero” (AFGPL).

A diferencia de Plaza, que casi descuidó Guayaquil –y digo casi pues Assad Bucaram trabajó por su candidatura pese a ser candidato a diputado por la Unión Democrática Anti-Conservadora– (Menéndez Carrión, 1986: 389-391), el alcalde de Guayaquil Pedro Menéndez Gilbert trabajó activamente por la candidatura de Velasco. “Es de conocimiento público que los servicios municipales de Guayaquil son otorgados en función de servir la candidatura presidencial del Dr. José María Velasco Ibarra... Un barrio que no acepta enlistarse en el registro velasquista, es rehusado el servicio (Menéndez Carrión, 1986: 386). Otros líderes velasquistas, como Jaime Nebot, también reclutaron los votos del suburbio pues ayudaban en las necesidades inmediatas, como “la posibilidad de obtener empleo para una hija, una palanca, el contacto con el sistema y estos velasquistas podían proveerlo (Menéndez Carrión, 1986: 385).

El éxito de Menéndez Gilbert y de los caciques velasquistas de reclutar el voto popular en Guayaquil se explica por la crisis profunda del CFP, luego de la mala alcaldía de Luis Robles y de que su líder Carlos Guevara Moreno perdiese la elección municipal ante Menéndez Gilbert (Martz,

1989; Menéndez Carrión, 1986).

Plaza perdió también porque todos los candidatos se unieron en su contra. Según el análisis de *La Calle*, Benjamín Carrión se dedicó a dar ideas a los velasquistas para combatir a Plaza (No. 170, 11 junio de 1960, pág. 9). Sea o no verdad esta afirmación, las candidaturas de Parra y Carrión restaron votos al Frente. Algunos prelados de la Iglesia, como el arzobispo de Cuenca, intervinieron activamente prohibiendo que los católicos voten por el Frente y no prohibieron el voto por Velasco pese a ser un divorciado. Además, como lo señalan *La Calle* (No. 170) y Robert Norris, muchos curas velasquistas hicieron campaña por el caudillo. En todo caso, la alocución radial del Cardenal Carlos María de la Torre del 3 de junio en la que prevenía a los feligreses sobre los peligros para la república de caer en manos de “príncipes crueles como Nerón o insensatos locos como Calígula”, en clara referencia a Velasco Ibarra, se dio muy tarde en la contienda (*El Comercio*, 4 de junio de 1960, pág. 1).

Velasco permaneció en el poder entre septiembre de 1960 y noviembre de 1961 cuando las fuerzas armadas decidieron retirarle su apoyo y que le suceda su vicepresidente Carlos Julio Arosemena (Fitch, 1977: 47-55; Norris, 2004 II: 279-333; Pyne, 1975). El corto cuarto velasquismo estuvo lleno de escándalos por las luchas intestinas entre las facciones velasquistas, por la corrupción, por el estilo “antagonizador y poco conciliador que trató de mantener el presidente por su creencia que el electorado apoyaba a un presidente fuerte y bien macho” (Pyne, 1975: 130). En un contexto de crisis económica y con instituciones políticas frágiles, el caudillo no pudo durar en el poder pese a que al principio de su mandato contó con un fuerte respaldo popular y a que los velasquistas controlaban el congreso. La caída de Velasco inauguró un nuevo ciclo de inestabilidad política que terminó con los sueños de Plaza de establecer un gobierno liberal democrático como base para el desarrollo capitalista de la nación.

Conclusiones

Este capítulo contrastó los dos estilos de hacer política a los que se refirió Plaza en sus declaraciones, luego de perder las elecciones de 1960. Si bien el estilo liberal democrático auspició el respeto a la ley, la tolerancia y la vigencia del estado de derecho, este discurso se articuló en un contexto en que la democracia estaba restringida, en palabras de George Blanksten (1951), a las elites blancas. La democracia no sólo excluía a los analfabetos y por ende a los indígenas, a los afrodescendientes y a los mestizos más pobres sino que también era un discurso que las elites utilizaron para marcar su superioridad, o al menos su necesidad histórica de existir como educadores y líderes de las pasiones incontroladas de los más pobres. El discurso democrático, además, se lo usó para marcar fronteras entre los ciudadanos que tenían el derecho de expresar su opinión en la polis y los otros que por su falta de cultura política no estaban preparados para hacerlo de manera racional.

Plaza es un personaje interesante, pues su convicción liberal democrática va de la mano con ideas reformistas y elitistas de cómo preparar y educar a sus compatriotas para ser buenos ciudadanos democráticos, como se auto percibió el mismo. Su profundo respeto por la libertad y por la tolerancia se dio en un ambiente de pasiones religiosas y políticas intransigentes en el que muchos creían estar enfrascados en luchas éticas y morales entre el bien y el mal. Si bien Galo Plaza fue un demócrata no todos sus seguidores lo fueron. Es más, su hermano José María Plaza se sublevó en Manabí cuando argumentó que gracias al fraude, Camilo Ponce ganó la elección (Norris, 2004 II: 252-255). Las prácticas insurreccionales de algunos de los suyos no fueron el único impedimento para que su visión y proyecto de sociedad hagan eco y se afiancen. Su interés por demostrar que la democracia era posible se dio en un contexto económico y social profundamente antidemocrático, en una sociedad basada en la explotación de los indígenas y de los negros del Chota en las haciendas y de los montubios con prácticas forzadas de apropiación del excedente agrícola en la aparcería y en las haciendas. En las ciudades se vivía la exclusión y la falta de oportunidades de los más pobres que sentían su exclusión económica, étnica y racial en las relaciones cotidianas de dominación.

Pero esta era una sociedad que estaba cambiando por la urbanización, la migración a las plantaciones y a ciudades medianas de la costa (Mai-guashca y North, 1991). Estos procesos de movilidad social iban junto a la demanda de los excluidos de ser parte de la política. Los populistas como Velasco Ibarra y el CFP, no Plaza, serían quienes canalicen este afán de democratizar la sociedad. Usando un discurso maniqueo en contra de la oligarquía, exaltando al pueblo bajo que era tildado de hampón y de chusma lograron capitalizar el resentimiento de clases y el afán de democratización. El problema, y aquí Galo Plaza estaba en lo cierto, es que lo hicieron a través de movimientos caudillistas y personalistas que no construyeron canales institucionales para que se exprese la voluntad popular. Ésta, más bien, fue apropiada por líderes carismáticos que se autoproclamaron como la encarnación de los deseos populares y que no dudaron en reprimir y atropellar los procedimientos y las normativas que asegurarían la futura democratización.

A diferencia de la visión de Plaza y de algunos científicos sociales de que el populismo se basa en la ignorancia y en la irracionalidad de los de abajo, se demostró que las demandas de quienes votaron y apoyaron a Velasco y al CFP fueron racionales. Es decir, que votaron por quienes podían hacer obra utilizando su voto de manera racional y utilitaria para conseguir bienes materiales o votaron y apoyaron a quienes los alabaron y exaltaron como pobres, pueblo, chusma y como la esencia de la nación.

Con la derrota del proyecto de Galo Plaza terminaron las ambiciones de crear una democracia liberal, al menos hasta la transición de finales de los años 1970, como el mejor mecanismo para asegurar una mejor participación de los pobres y conseguir la estabilidad política necesaria para el desarrollo del país.

Referencias

- Blanksten, George (1951). *Ecuador: Constitutions and Caudillos*. Berkeley: University of California Press.
- Coronel, Valeria y Salgado, Mireya (2006). *Galo Plaza un liberal del siglo XX: democracia, desarrollo y cambio cultural en el Ecuador*. Quito: Museo de la Ciudad.
- de la Torre, Carlos (1993)[1997 segunda edición]. *La seducción velasquista*. Quito: FLACSO - Libri Mundi.
- _____ (2000). *Populist Seduction in Latin America*. Ohio: University Press.
- Fitch, Samuel (1977). *The Military Coup D' État as a Political Process. Ecuador 1948-1966*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Hurtado, Osvaldo (1988). *El Poder Político en Ecuador*. Quito: Planeta.
- Linke, Lilo (1960). *Ecuador Country of Contrasts*. London: Oxford University Press.
- Maier, George (1965). "The Impact of velasquismo on the Ecuadorean Political System". Tesis Doctoral no publicada, Southern Illinois University.
- Maiguashca, Juan y North, Liisa (1991). "Orígenes y significados del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador contemporáneo, 1920-1972." En Rafael Quintero, ed., *La Cuestión Regional y el Poder*. Quito: Corporación Editora Nacional. Pp. 89-161.
- Martz, John D. (1972). *Ecuador: Conflicting Political Culture and the Quest for Progress*. Boston: Allyn and Bacon.
- _____ (1989) [1980]. "La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960. En Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre, eds. *El Populismo en el Ecuador*. Quito: ILDIS. Pp. 323-351.
- Menéndez-Carrión, Amparo (1986). *La conquista del voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Norris, Robert (2004). *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*. Quito: Libri-Mundi.

- Plaza, Galo (1947). Criterio Político y Bases del Gobierno del señor Galo Plaza. Quito, noviembre.
- _____ (1949). "El presidente Plaza define su ideario político." En: *El Gobierno del Sr. Galo Plaza*. Quito: Talleres Gráficos Nacionales, pp. 27-42.
- _____ (1952). Transmisión del Mando. Discurso del Presidente Galo Plaza.
- _____ (1955). *Problems of Democracy in Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- _____ (1955a) "Two Experiments in the Education for Democracy." En Angel del Río ed., *Responsible Freedom in the Americas*. New York: Doubleday & Company. Pp. 68-77.
- Pyne, Peter (1975). "The Politics of Instability in Ecuador: The Overthrow of the President, 1961." *Journal of Latin American Studies*, Vol. 7. No. 1, pp. 109-133.
- Velasco Ibarra, José María (1937). *Conciencia o barbarie*. Quito: Editorial Moderna.